

Santa Anna antes de Santa Anna

Enrique González Pedrero

Audacia y fortuna ganan las campañas y no las matemáticas de las academias...

R. Del Valle Inclán

GRANDES Y PEQUEÑAS MANIOBRAS

Transcurre sin prisa el mes de noviembre de 1815, cuando Santa Anna regresa al puerto después de cinco años de campaña por el Norte y a un año de la muerte de su madre. Sus cartas credenciales y su comportamiento militar le propician una buena acogida del gobernador. Comienza una nueva etapa de su carrera. Al aprendizaje militar pronto añadirá otros conocimientos no menos útiles: el trato con la gente y la relación con los hombres del poder, vale decir, su relación con el poder. Pronto se convierte en el ayudante más cercano del nuevo gobernador, don José García Dávila.

El año se cierra con el fusilamiento de Morelos, el mismo día en que se conoce en la capital la noticia de la derrota de Guadalupe Victoria en Puente del Rey, cerca del puerto. 1816 empezaría con felices auspicios para las armas españolas, desbaratadas las principales concentraciones de insurgentes. Aniquilado el movimiento de Morelos sólo Victoria, Guerrero y Bravo se negarán a acogerse al indulto. Victoria se "esfumará" en un momento dado y no se conocerá su paradero sino años después; habrá focos aislados, que se irán apagando y en el Sur, remontada, la resistencia de Vicente Guerrero. En España se había restablecido, desde 1814, el absolutismo. A México habían vuelto los jesuitas pero también la Inquisición. Sólo habrá un sobresalto mayor en la apaciguada etapa que se abre: la frustrada expedición de Mina.

Rafael F. Muñoz, el mejor de los biógrafos mexicanos de Santa Anna, señala que el teniente reparte su tiempo, de vuelta a Veracruz, haciendo la corte a las muchachas y leyendo los libros de la biblioteca del señor García Dávila. Lo primero es de fácil suposición en un joven militar que ha pasado cinco años en remotas regiones y que regresa a su tierra cargado de experiencias y condecoraciones que lo harían más atractivo a los ojos de las ardientes porteñas. Lo segundo, fundado tal vez en Calcott, parece menos probable:

Clásicos de Grecia y del Lacio, la mitología y los *Comentarios sobre la guerra de las Galias*. Cuando termina de leer un volumen de éstos, está ebrio de cesarismo. Comienza a desarrollarse en él la megalomanía. Todo lo quiere hacer como los héroes de Homero, como los varones fuertes de Roma... En Europa se

percibe todavía el temblor que deja a su paso el pequeño Bonaparte. Y Antonio López de Santa Anna se le semeja en figura... Lo toma como modelo. Lee ávidamente cada palabra escrita sobre sus hazañas, sus proclamas, sus leyes, sus amores. Contempla los dibujos en que aparece su efigie y como uno de ellos lo presenta pasando los Alpes en un corcel del tono de la nieve, mientras el viento le unta los cabellos de atrás hacia adelante sobre las sienes, él se compra su bridón blanco y con dos redondos cepillos se arregla la cabellera como si siempre le soplara por la espalda el ventarrón de los Alpes.¹

La suposición de la lectura de obras clásicas y mitológicas podría tener algún sustento en el estilo de las primeras proclamas independentistas y republicanas, por el pintoresco gusto y empleo de alusiones a Cartago, a Roma, a Escipión el Africano, si no supiéramos —como sabemos de fijo— que no fue Santa Anna quien redactó aquellos exordios, sino Carlos María de Bustamante y, más tarde, el no menos excesivo, recargado y barroco don Miguel Santa María, o José María Tornel. Además, leer la *Guerra de las Galias* de César, aun con formación en letras clásicas, supone un serio esfuerzo, un gusto cultivado. Cuesta trabajo imaginar a Santa Anna, ataviado en su uniforme de paño de teniente del Fijo, en plena canícula veracruzana, leyendo en tono declamatorio, mientras camina a grandes zancadas:

La Galia, en su conjunto, se divide en tres partes: una, habitada por los belgas; la segunda, por los aquitanios; la tercera, por el pueblo llamado celta en propia lengua, galos en la nuestra...

No. Definitivamente el cesarismo de Santa Anna tiene orígenes menos ilustres, menos humanísticos, más prosaicos, en el entrenamiento en el ejercicio de la violencia sobre los insurgentes que fue la escuela de tantos oficiales criollos, adictos al sistema virreinal y decididamente adversos al desordenado alabramiento de las "hordas" populares que levantaron en su cauda Hidalgo y Morelos.

Pero la etapa de la vida del "Napoleón del Oeste" que empieza en 1815 ha sido descuidada por muchos de los historiadores que le han seguido las huellas al temperamental personaje. Sin aspectos brillantes en el campo militar, aunque no falten las escaramuzas, aparece un Santa Anna organizador, que comienza a penetrar en la geografía de su región y en la psicología de su gente en unos cuantos años de aprendizaje psicológico y político que le serán, más tarde, de gran utilidad.

* Capítulo tercero del libro *País de un solo hombre: El México de Santa Anna (La ronda de los contrarios)*, de inminente aparición en el Fondo de Cultura Económica.

¹ Rafael F. Muñoz, *Santa Anna. El dictador resplandeciente*. México: Ediciones Botas, 1945, pp. 22-23.

DE LA POLÍTICA DE LAS ARMAS A LAS ARMAS DE LA POLÍTICA

Después de varios meses en la cercanía del gobernador García Dávila, el teniente Santa Anna obtiene el nombramiento de "Comandante del cuerpo de realistas fieles de extramuros de Veracruz y pueblo de la Boca del Río". Nombramiento largo con orden breve: operar contra los revolucionarios todavía dispersos en la zona. El 8 de septiembre de 1816 el flamante comandante de extramuros informa al excelentísimo señor gobernador, quien a su vez transmite la información a S.S. el virrey, sobre sus triunfos en los alrededores del área que le ha sido confiada. El informe está redactado en ese estilo ampuloso que a veces emplean algunos militares para relatar minúsculos y rutinarios hechos como si no lo fuesen:

Ya he participado a V.S. las diferentes salidas que tengo hechas en el tiempo que llevo de comandante militar de este punto, y ahora tengo el honor de participar a V.S. (y aquí el imprescindible gerundio) que hallándome...

Santa Anna informa, según puede leerse en la *Gaceta del Gobierno de México* de aquel septiembre de 1816, que después de mover a treinta lanceros en buenos caballos y bien armados se dirige a Dos Caminos para tender una emboscada a las avanzadas rebeldes que solían apostarse allí para cobrar contribución de cuatro reales, para la causa, a quienes acertaban a pasar.

Al día siguiente mata a dos insurgentes, de los que obtiene dos caballos ensillados, una carabina y ocho cartuchos. Cambia entonces de posición ya que los disparos lo habían descubierto y continúa la espera. Captura al temido y sanguinario cabecilla José Parada, que se titula capitán comandante de El Texar. Más tarde cae en la trampa un sargento rebelde del cantón de Huihuistla y después otro hombre más. Le informan entonces que una avanzada de insurgentes, como de treinta hombres, "estaba ya en su puesto" y se dispone a darles su merecido:

Formé mi tropa en columna a 6 de frente, y de este modo me dirigí hasta el punto dicho.

Y aquí los "datos tácticos": advierte al sargento primero de caballería Ramón Herrera que, a su orden, las dos primeras filas de lanceros habrían de tomar el parapeto "por la parte de afuera" desde donde quedarían haciendo fuego y

sosteniéndome hasta que con los demás entrara yo por el solo y estrecho camino que había.

En suma:

Todo se verificó según mi deseo, y los insurgentes no me sintieron hasta estar de ellos a medio tiro de pistola, de manera que cuando quisieron reunirse y abrigarse al parapeto ya no pudieron. Sin embargo, con demasiada ligereza empezaron a hacer fuego, hasta que por último abandonaron todo aquel terreno... Aseguro a V.S. que por muchos días no han de venir

a cobrar los 4 reales de los pasajeros, o a lo menos no estarán con tanta confianza.²

En esta ocasión el teniente Antonio López de Santa Anna, comandante de realistas fieles, después de informar al detalle a don José García Dávila y por su conducto al virrey, pudo exclamar para sus adentros no sin honda satisfacción: "¡Misión cumplida!"

En vista "de su actividad y aptitud para las funciones de campaña", García Dávila ordena a Santa Anna salir a recorrer las serranías para acabar con los focos rebeldes, "reducir a poblado las familias que estaban en los montes" y liquidar, de una vez por todas, las "aduanas" que los insurgentes tenían en la región. Santa Anna informa: el 13 de octubre, al mando de 192 hombres y un pequeño cañón, y después de avituallarse con víveres para tres semanas y cambiar caballos malos "por otros que pudieran resistir las fatigas de la marcha", emprende camino. El 14 está en la hacienda del Chato. El 17 sale rumbo a Cotaxtla, deteniéndose en la hacienda de Coyoquenda desde donde manda un espía para detectar movimientos del enemigo, "su número, situación y cuando pudiese conducir al acierto de mis medidas". Así se entera de que están reunidos en el pueblo Francisco de Paula, Andrés Islava, José de los Santos y Manuel Salvador con alrededor de 350 hombres, además de un eventual refuerzo que debía enviarles Guadalupe Victoria, de los cantones de Huihuistla y Monteblanco.

De acuerdo con las enseñanzas recibidas cuando estaba a las órdenes del general Arredondo, destaca al sargento Cornelio Nieves para que, al mando de un contingente de treinta hombres de a caballo, caiga por sorpresa sobre la avanzada enemiga. Santa Anna marcha con el resto de la gente a ocupar un paraje nombrado La Tinaja. Nieves no puede sorprender a las avanzadas enemigas, que no eran como las del lego Villerías, y el sargento junta sus fuerzas a las del contingente del comandante.

Para el 20 de octubre el jefe dispone la entrada a Cotaxtla a través de San Campus, por el terreno menos difícil y, además, por estar allí la aduana que había establecido Guadalupe Victoria. A las ocho de la mañana sorprende a los rebeldes y se apodera de sus pertenencias: caballos, armas y familiares, prendiendo fuego a la "aduanas" donde aquellos cobraban contribuciones a los viajeros.

A las once de la mañana el enemigo da, por fin, la cara y, al colocarse el teniente en una posición elevada, descubre que representan una fuerza de más de quinientos hombres de a caballo. Se entabla entonces combate de "extraordinario furor" durante una hora, al cabo del cual "por la ventaja de mi posición y la mejor puntería de mis soldados", el enemigo se desbanda. Destaca luego dos grupos de guerrillas que atacan por los flancos mientras el comandante marcha por el frente. El enemigo se retira. Concentra el comandante todas sus fuerzas y, marchando a paso de ataque en la mejor tradición de Arredondo, manda tocar a degüello. Eso fue el fin:

Mis soldados cargaron con denuedo sobre el enemigo, éste trató de resistirlos pero no pudiendo sostenerse por más tiempo, buscó el asilo de los montes y barrancas inmediatas...

² *Gaceta del Gobierno de México*, Tomo VII, No. 952., p. 189. México: 8 de septiembre de 1816.

A las seis de la tarde concluyó la acción. Si el enemigo perdió cincuenta hombres y más de cuarenta caballos, Santa Anna sólo lamenta la pérdida de cuatro caballos y no reporta muertos ni heridos. El comandante recomienda al virrey por su valeroso comportamiento, en primer término, a los subtenientes de su regimiento don Manuel López de Santa Anna y don Joaquín Arzamendi, quienes "entusiasmaron a la tropa con sus exortaciones y ejemplo". Merecen mención, asimismo, el sargento primero de caballería, Agustín de Bolívar, el sargento primero de húsares, José María Linares, así como Mariano Barriga, Onofre de Castro y el ya mencionado Cornelio Nieves.

Terminada la acción, partió el comandante rumbo a Matavista, pueblo cercano de Cotaxtla a donde regresó el 21, para continuar batiendo al enemigo que, debilitado y todo, seguía presentando combate. En las orillas de Cotaxtla observó Santa Anna que los rebeldes ocupaban las posiciones más favorables pero, como tenía la ventaja de la alta moral de sus tropas, no se arrendó. Dispuso entonces que quedara en la cumbre de la loma el cañón que traía y cuarenta hombres al mando de Manuel, su hermano, para que le guardasen las espaldas mientras ocupaba el pueblo y dos guerrillas, una de caballería y otra de infantería, se formaban en posición de batalla para hostigar al enemigo. Arma el teniente comandante cuadro de batalla y ahuyenta al atacante, que se atrinchera luego en el fortín que había construido en cerro vecino. Santa Anna, con la sangre y la cabeza calientes, continúa el ataque a pesar de que la difícil posición estaba resguardada por trescientos rebeldes. Con parte de su gente moviliza cuatro guerrillas para que comiencen un asalto simultáneo con la terminante instrucción de subir aceleradamente hacia el fortín al sonar el paso de ataque:

Así lo ejecutaron mis soldados sin que fuese bastante a detenerlos ni la aspereza del terreno ni el fuego tenaz del enemigo.³

Regresa al pueblo y continúa el combate en forma semejante, batiendo a los rebeldes que restaban y que, colocados en otro cerro difícil y escabroso, acechaban al comandante de extramuros. Decididamente el dios de las batallas, del que gustaba hablar Bonaparte, actuaba esta vez sin ninguna ambigüedad.

Concluida la lucha, reunió a su contingente y se retiró por el mismo camino. Por la tarde se le presentó un capitán insurgente con doce hombres, para aprovechar el puente de plata del indulto que el "superior gobierno" había establecido para los arrepentidos y, luego de pactarlo para él y toda su compañía aún dispersa, se retiró, continuando el teniente Santa Anna su agresiva marcha. El 22 está en Coyoquenda y el 24 en Tlaliscoano en donde auxilia a Francisco Troncoso para aprehender a varios rebeldes. En todas estas acciones no reporta ninguna desgracia, por lo que tributa "infinitas gracias al Todopoderoso que tan visiblemente nos ha protegido".⁴

El virrey, en virtud de los resultados de la expedición comandada por el teniente López de Santa Anna contra los rebeldes de Cotaxtla, confirió al "referido Teniente" el grado de capitán y a los subtenientes Manuel López de Santa Anna y Joaquín Arzamendi el grado de teniente disponiendo, además, que "se tengan presentes a los sargentos recomendados en el parte para sus ascensos inmediatos en sus cuerpos respectivos". Hasta donde se sabe, Santa Anna pudo celebrar su ascenso tranquilamente pues, en los meses restantes de 1816, no hubo ya encuentros de importancia y menos en 1817 cuando funge como ayudante del virrey Apodaca.⁵ Para entonces la revolución, como dice Manuel Rivera Cambas en su *Historia antigua y moderna de Jalapa*, se había refugiado en la aspereza de los bosques. Esa época coincide con la salida de don José García Dávila del gobierno de Veracruz. Los hombres de Santa Anna pasarían, con su desagrado, al mando de Rincón. Este hecho, añadido al dato de que el gobernador interino —Ignacio Cincúnegui— obstaculizará su regreso un año después, hace pensar en la posibilidad de que lo hubiesen retirado discretamente de Veracruz porque tal vez empezaba ya a despertar cierta desconfianza. Es probable que durante ese largo lapso de inactividad militar ejerciera silenciosamente una labor de zapa diplomática, intentando convencer alzados para que se acogieran al indulto. Si de momento no obtuvo resultados no por ello desesperó, asimilando como experiencia el lugar común que sugiere el valor de la habilidad sobre la fuerza.

Sus esperanzas de volver a la acción no se vieron frustradas. Recibió órdenes del virrey Apodaca en enero de 1818. El día 22 solicitó de inmediato al recién indultado veracruzano Manuel González, cuya influencia y conocimiento del terreno le habría sido de mucha utilidad.⁶ La petición, sin embargo, no fue autorizada por Apodaca y será hasta el 25 de mayo, a su llegada a Jalapa, cuando podrá reunirse con el capitán general de la Provincia, don Ciriacó de Llano. El capitán general giró entonces órdenes escritas al gobernador interino, Ignacio Cincúnegui, para que le facilitaran a don Antonio las tropas requeridas para cumplir con las funciones de comandante de las fuerzas realistas en las afueras de Veracruz.⁷

Por las mismas fechas se hacían del conocimiento público las segundas nupcias del licenciado don Antonio López de Santa Anna, de 57 años, con la joven Dolores Zanso y Pintado, de 23. El padre de Santa Anna y su joven prometida contraerían matrimonio el 3 de junio. No se sabe si el joven militar se enteró o no de las nuevas. Quizás, enterado, se tomó con calma las cosas: el caso es que, prudentemente, llegó dos días después del desposorio a Veracruz.⁸ Como dato curioso, vale apuntar que la segunda mujer de Santa Anna se llamaría, también, Dolores.

Mientras tanto, Cincúnegui seguía la conocida regla de oro de la burocracia española: "Acétese pero no se cumpla",

³ *La Gaceta del Gobierno de México*, Tomo I, No. 1005, p. 2, México: 2 de enero de 1817.

⁴ *Gaceta del Gobierno de México*, Tomo VII, No. 1004, pp. 2089 a 2092. México: 31 de diciembre de 1816. Los hechos de guerra ocurridos del 21 al 31 de octubre están consignados, también, en una carta de Santa Anna dirigida a don José Dávila fechada el 31 en Boca del Río. En *Latin American Manuscripts* en la University of Texas Library, No. 2870 [WBS].

⁵ David A. Cole, *The Early Career of Antonio López de Santa Anna*. Oxford: Christ Church, 1977, pp. 36-37.

⁶ A. G. N., *Operaciones de Guerra*, Vol. 792, p. 316; Santa Anna a Apodaca, 22-1-1818. Citado por Cole, *op. cit.*, p. 39.

⁷ A. G. N., *Operaciones de Guerra*, Vol. 792, ff. 317-324. Santa Anna a Apodaca, 6 de marzo y 13 de junio de 1818; Santa Anna a Cincúnegui, 11 de junio de 1818. Citado por Cole, *op. cit.*, p. 40.

⁸ A. M. G. C. V., *Matrimonios*, 42 664, junio de 1818. Citado por Cole, *op. cit.*, p. 43.

respecto a las órdenes que le había presentado el joven Santa Anna por lo que éste, luego de insistir, le escribió que se sentía agraviado por la tardanza en recibir la tropa que ya debería tener bajo su mando. Y, acto seguido, se quejó con de Llano y con el mismo virrey Apodaca, haciéndoles ver su situación y señalando que los hombres que debían haberle asignado se habían puesto a las órdenes de Rincón. Todo ello, a pesar de que el anciano Pacheco, personaje a quien él debía sustituir, apenas si podía sostener la pluma para firmar y, mientras tanto, "las fuerzas del rebelde Victoria seguían haciendo de las suyas". La cercanía que tenía ya con el virrey y, aun con de Llano, hizo que el capitán se saliera con la suya y, además, de Llano ordenó a Cincúnegui que aumentara con cincuenta hombres más a la tropa, concediéndole como territorio de jurisdicción no sólo las afueras de Veracruz sino también Boca del Río.

El 1 de agosto Santa Anna agradecía al virrey Apodaca y a Ciriaco de Llano todo el apoyo prestado y, un mes después, el virrey le respondería deseándole suerte en el desempeño de su misión.⁹ Obtenido lo que deseaba, se dedicó en cuerpo y alma a entrenar y disciplinar a sus hombres hasta que, una vez que los consideró en forma, salió con cincuenta de ellos el 22 de agosto, a enfrentarse contra los rebeldes que por esa época se dedicaban modestamente, para poder comer, al robo de ganado.¹⁰

El 9 de septiembre de 1818 *La Gaceta* vuelve a dar noticias del capitán, comandante de los realistas de extramuros de Veracruz, Antonio López de Santa Anna: se trata sólo de una recomendación en favor del teniente Juan Ignacio Contreras por una acción victoriosa en contra de los rebeldes que merodeaban por las haciendas del Jato y Joluca de donde, como se ha visto, sacaban ganado para sus cantones.

Pero hay un incidente no consignado en *La Gaceta* y que ocurre dos días después, el 11 de septiembre. Sucedió que, en ocasiones, algunas partidas sueltas de rebeldes arriesgaban audaces incursiones hasta las puertas mismas de Veracruz y así López de Santa Anna traba combate con una de doscientos hombres que jefaturaban los cabecillas Valentín Guzmán y Marcos Benavides. Dice Rivera Cambas:

Los habitantes de la ciudad presenciaron desde las azoteas el ataque en que los realistas fueron derrotados salvándose Santa Anna por la velocidad de su caballo entrando a Veracruz sin sombrero, habiendo perecido su asistente... Los insurgentes se retiraron llevándose una parte del ganado que encontraron, teniendo los realistas ocho muertos.¹¹

Santa Anna se ha vuelto, y sin reino todavía, émulo del Ricardo III de Shakespeare.

⁹ Al respecto puede consultarse la correspondencia en A. G. N., *Operaciones de Guerra*, Vol. 792, ff. 317-332. Santa Anna a Cincúnegui, de 11 de junio de 1818; Cincúnegui a Santa Anna, de 12 de junio de 1818; Santa Anna a Llano, de 13 de junio de 1818 y 1º de agosto de 1818; Apodaca a Santa Anna, de 9 de julio de 1818 y 2 de septiembre del mismo año.

¹⁰ A. G. N., *Operaciones de Guerra*, Vol. 792, f. 330, Santa Anna a Apodaca, de 1 de agosto de 1818. Citado por Cole, *op. cit.*, p. 43.

¹¹ Manuel Rivera Cambas, *Historia antigua y moderna de Jalapa y de las revoluciones del Estado de Veracruz*. Tomo III. 1815-1821, México: Editorial Citilápetel, 1959, pp. 176 y 177, subrayado del autor.

El 11 de enero de 1819, el comandante don Ciriaco de Llano trasladó al virrey un escrito del capitán Santa Anna, donde se relatan nuevas escaramuzas. Pero el punto importante del mensaje consiste en el indulto que el comandante, sin pizca de rencor, ha concedido a Marcos Benavides, con dieciocho hombres montados y municionados, así como a sus familias. Benavides ha prometido que, en dos o tres días más, podrá presentar al resto de su compañía que se compone de sesenta y cuatro. Ha ofrecido, también, convencer a los cabecillas Manuel Salvador, Félix González y Mariano Cenobio. Pero el objetivo central es nada menos que Guadalupe Victoria: el "pérfido" Victoria que parece hallarse por el paraje nombrado El Mirador y que sólo se le "entregará" una vez que Santa Anna se haya entregado, a su vez, a la causa de la independencia. Para subsistir en estos lugares el tiempo necesario hasta la pacífica captación general de los rebeldes de esta zona y marchar en busca del cabecilla principal demanda:

...necesito que V. S. se sirva mandarme ejecutivamente 30 o 40 soldados y 2 cajones de municiones...

El mensaje implícito en el informe, como saltaría a la vista de cualquier lector entendido —y se supone que el virrey lo era— consiste en la paciente labor de convencimiento que Santa Anna ha venido hilvanando en torno a los rebeldes para que, como suele decirse en estos casos, "depongan su actitud". Más que desalmado militar, el capitán Santa Anna se revela dotado de una espontánea habilidad que, día a día, irá refinándose y puliéndose y que le producirá mejores dividendos que el uso indiscriminado de las armas. Como él mismo señala en sus *Memorias*:

...obedeciendo a mi natural inclinación, valíame con frecuencia de la persuasión más que de las armas.¹²

De cualquier modo, por si el mensaje cifrado no se hubiese recibido, Santa Anna lo hace obvio el 11 de febrero cuando escribe, ya sin sutilezas, que las tareas cumplidas han sido posibles gracias "a las armas y a la política". El 2 de marzo ha logrado que se presenten 412 rebeldes y 500 o más familias que le han ayudado a poblar Medellín, Jamapa, Soledad, San Diego y relata con lujo de detalles, la celebración de la fiesta de la Candelaria por los nuevos vecinos. ¡En lugar de rijosos los rebeldes veracruzanos se han vuelto devotos! Mucho tenía que ver en ello el capitán Santa Anna.

En ese sentido va dirigido el informe a don Pascual de Liñán con fecha de 28 de junio de 1819. Tres meses le han bastado al joven organizador para construir una iglesia, 113 casas, un fortín y una galera, en donde antes había sólo un "espeso y elevado bosque". Se trata del pueblo de San Diego al que pretende, infructuosamente, cambiarle el nombre por el suyo propio, santificado. Pero San Diego no llegará a llamarse nunca San Antonio de Padua.

Unos días después, el 5 de julio, hace que el sargento mayor del regimiento provincial de caballería informe al gobernador acerca del estado de las poblaciones "cuyos habitantes

¹² Antonio López de Santa Anna, *Mi historia militar y política*. 1810-1874. México: Editora Nacional, 1967. p. 2

A las seis de la tarde concluyó la acción. Si el enemigo perdió cincuenta hombres y más de cuarenta caballos, Santa Anna sólo lamenta la pérdida de cuatro caballos y no reporta muertos ni heridos. El comandante recomienda al virrey por su valeroso comportamiento, en primer término, a los subtenientes de su regimiento don Manuel López de Santa Anna y don Joaquín Arzamendi, quienes "entusiasmaron a la tropa con sus exhortaciones y ejemplo". Merecen mención, asimismo, el sargento primero de caballería, Agustín de Bolívar, el sargento primero de húsares, José María Linares, así como Mariano Barriga, Onofre de Castro y el ya mencionado Cornelio Nieves.

Terminada la acción, partió el comandante rumbo a Matavista, pueblo cercano de Cotaxtla a donde regresó el 21, para continuar batiendo al enemigo que, debilitado y todo, seguía presentando combate. En las orillas de Cotaxtla observó Santa Anna que los rebeldes ocupaban las posiciones más favorables pero, como tenía la ventaja de la alta moral de sus tropas, no se arredró. Dispuso entonces que quedara en la cumbre de la loma el cañón que traía y cuarenta hombres al mando de Manuel, su hermano, para que le guardasen las espaldas mientras ocupaba el pueblo y dos guerrillas, una de caballería y otra de infantería, se formaban en posición de batalla para hostigar al enemigo. Arma el teniente comandante cuadro de batalla y ahuyenta al atacante, que se atrinchera luego en el fortín que había construido en cerro vecino. Santa Anna, con la sangre y la cabeza calientes, continúa el ataque a pesar de que la difícil posición estaba resguardada por trescientos rebeldes. Con parte de su gente movilizó cuatro guerrillas para que comiencen un asalto simultáneo con la terminante instrucción de subir aceleradamente hacia el fortín al sonar el paso de ataque:

Así lo ejecutaron mis soldados sin que fuese bastante a detenerlos ni la aspeza del terreno ni el fuego tenaz del enemigo.³

Regresa al pueblo y continúa el combate en forma semejante, batiendo a los rebeldes que restaban y que, colocados en otro cerro difícil y escabroso, acechaban al comandante de extramuros. Decididamente el dios de las batallas, del que gustaba hablar Bonaparte, actuaba esta vez sin ninguna ambigüedad.

Concluida la lucha, reunió a su contingente y se retiró por el mismo camino. Por la tarde se le presentó un capitán insurgente con doce hombres, para aprovechar el puente de plata del indulto que el "superior gobierno" había establecido para los arrepentidos y, luego de pactarlo para él y toda su compañía aún dispersa, se retiró, continuando el teniente Santa Anna su agresiva marcha. El 22 está en Coyoquenda y el 24 en Tlaliscoano en donde auxilia a Francisco Troncoso para aprehender a varios rebeldes. En todas estas acciones no reporta ninguna desgracia, por lo que tributa "infinitas gracias al Todopoderoso que tan visiblemente nos ha protegido".⁴

El virrey, en virtud de los resultados de la expedición comandada por el teniente López de Santa Anna contra los rebeldes de Cotaxtla, confirió al "referido Teniente" el grado de capitán y a los subtenientes Manuel López de Santa Anna y Joaquín Arzamendi el grado de teniente disponiendo, además, que "se tengan presentes a los sargentos recomendados en el parte para sus ascensos inmediatos en sus cueros respectivos". Hasta donde se sabe, Santa Anna pudo celebrar su ascenso tranquilamente pues, en los meses restantes de 1816, no hubo ya encuentros de importancia y menos en 1817 cuando funge como ayudante del virrey Apodaca.⁵ Para entonces la revolución, como dice Manuel Rivera Cambas en su *Historia antigua y moderna de Jalapa*, se había refugiado en la aspeza de los bosques. Esa época coincide con la salida de don José García Dávila del gobierno de Veracruz. Los hombres de Santa Anna pasarían, con su desagrado, al mando de Rincón. Este hecho, añadido al dato de que el gobernador interino —Ignacio Cincúnegui— obstaculizará su regreso un año después, hace pensar en la posibilidad de que lo hubiesen retirado discretamente de Veracruz porque tal vez empezaba ya a despertar cierta desconfianza. Es probable que durante ese largo lapso de inactividad militar ejerciera silenciosamente una labor de zapa diplomática, intentando convencer alzados para que se acogieran al indulto. Si de momento no obtuvo resultados no por ello desesperó, asimilando como experiencia el lugar común que sugiere el valor de la habilidad sobre la fuerza.

Sus esperanzas de volver a la acción no se vieron frustradas. Recibió órdenes del virrey Apodaca en enero de 1818. El día 22 solicitó de inmediato al recién indultado veracruzano Manuel González, cuya influencia y conocimiento del terreno le habría sido de mucha utilidad.⁶ La petición, sin embargo, no fue autorizada por Apodaca y será hasta el 25 de mayo, a su llegada a Jalapa, cuando podrá reunirse con el capitán general de la Provincia, don Ciriaco de Llano. El capitán general giró entonces órdenes escritas al gobernador interino, Ignacio Cincúnegui, para que le facilitaran a don Antonio las tropas requeridas para cumplir con las funciones de comandante de las fuerzas realistas en las afueras de Veracruz.⁷

Por las mismas fechas se hacían del conocimiento público las segundas nupcias del licenciado don Antonio López de Santa Anna, de 57 años, con la joven Dolores Zanso y Pintado, de 23. El padre de Santa Anna y su joven prometida contraerían matrimonio el 3 de junio. No se sabe si el joven militar se enteró o no de las nuevas. Quizás, enterado, se tomó con calma las cosas: el caso es que, prudentemente, llegó dos días después del desposorio a Veracruz.⁸ Como dato curioso, vale la pena apuntar que la segunda mujer de Santa Anna se llamaría, también, Dolores.

Mientras tanto, Cincúnegui seguía la conocida regla de oro de la burocracia española: "Acátese pero no se cumpla",

³ *La Gaceta del Gobierno de México*, Tomo I, No. 1005, p. 2, México: 2 de enero de 1817.

⁴ *Gaceta del Gobierno de México*, Tomo VII, No. 1004, pp. 2089 a 2092. México: 31 de diciembre de 1816. Los hechos de guerra ocurridos del 21 al 31 de octubre están consignados, también, en una carta de Santa Anna dirigida a don José Dávila fechada el 31 en Boca del Río. En *Latin American Manuscripts* in the University of Texas Library, No. 2870 [WBS].

⁵ David A. Cole, *The Early Career of Antonio López de Santa Anna*. Oxford: Christ Church, 1977, pp. 36-37.

⁶ A. G. N., *Operaciones de Guerra*, Vol. 792, p. 316; Santa Anna a Apodaca, 22-1-1818. Citado por Cole, *op. cit.*, p. 39.

⁷ A. G. N., *Operaciones de Guerra*, Vol. 792, ff. 317-324. Santa Anna a Apodaca, 6 de marzo y 13 de junio de 1818; Santa Anna a Cincúnegui, 11 de junio de 1818. Citado por Cole, *op. cit.*, p. 40.

⁸ A. M. G. C. V., *Matrimonios*, 42 664, junio de 1818. Citado por Cole, *op. cit.*, p. 43.

respecto a las órdenes que le había presentado el joven Santa Anna por lo que éste, luego de insistir, le escribió que se sentía agraviado por la tardanza en recibir la tropa que ya debería tener bajo su mando. Y, acto seguido, se quejó con de Llano y con el mismo virrey Apodaca, haciéndoles ver su situación y señalando que los hombres que debían haberle asignado se habían puesto a las órdenes de Rincón. Todo ello, a pesar de que el anciano Pacheco, personaje a quien él debía sustituir, apenas si podía sostener la pluma para firmar y, mientras tanto, "las fuerzas del rebelde Victoria seguían haciendo de las suyas". La cercanía que tenía ya con el virrey y, aun con de Llano, hizo que el capitán se saliera con la suya y, además, de Llano ordenó a Cincúnegui que aumentara con cincuenta hombres más a la tropa, concediéndole como territorio de jurisdicción no sólo las afueras de Veracruz sino también Boca del Río.

El 1 de agosto Santa Anna agradecía al virrey Apodaca y a Ciriaco de Llano todo el apoyo prestado y, un mes después, el virrey le respondería deseándole suerte en el desempeño de su misión.⁹ Obtenido lo que deseaba, se dedicó en cuerpo y alma a entrenar y disciplinar a sus hombres hasta que, una vez que los consideró en forma, salió con cincuenta de ellos el 22 de agosto, a enfrentarse contra los rebeldes que por esa época se dedicaban modestamente, para poder comer, al robo de ganado.¹⁰

El 9 de septiembre de 1818 *La Gaceta* vuelve a dar noticias del capitán, comandante de los realistas de extramuros de Veracruz, Antonio López de Santa Anna: se trata sólo de una recomendación en favor del teniente Juan Ignacio Contreras por una acción victoriosa en contra de los rebeldes que merodeaban por las haciendas del Jato y Joluca de donde, como se ha visto, sacaban ganado para sus cantones.

Pero hay un incidente no consignado en *La Gaceta* y que ocurre dos días después, el 11 de septiembre. Sucedió que, en ocasiones, algunas partidas sueltas de rebeldes arriesgaban audaces incursiones hasta las puertas mismas de Veracruz y así López de Santa Anna trababa combate con una de doscientos hombres que jefaturaba los cabecillas Valentín Guzmán y Marcos Benavides. Dice Rivera Cambas:

Los habitantes de la ciudad presenciaron desde las azoteas el ataque en que los realistas fueron derrotados salvándose Santa Anna por la velocidad de su caballo entrando a Veracruz sin sombrero, habiendo perecido su asistente... Los insurgentes se retiraron llevándose una parte del ganado que encontraron, teniendo los realistas ocho muertos.¹¹

Santa Anna se ha vuelto, y sin reino todavía, émulo del Ricardo III de Shakespeare.

⁹ Al respecto puede consultarse la correspondencia en A. G. N., *Operaciones de Guerra*, Vol. 792, ff. 317-332. Santa Anna a Cincúnegui, de 11 de junio de 1818; Cincúnegui a Santa Anna, de 12 de junio de 1818, Santa Anna a Llano, de 13 de junio de 1818 y 1º de agosto de 1818; Apodaca a Santa Anna, de 9 de julio de 1818 y 2 de septiembre del mismo año.

¹⁰ A. G. N., *Operaciones de Guerra*, Vol. 792, f. 330, Santa Anna a Apodaca, de 1 de agosto de 1818. Citado por Cole, *op. cit.*, p. 43.

¹¹ Manuel Rivera Cambas, *Historia antigua y moderna de Jalapa y de las revoluciones del Estado de Veracruz*. Tomo III. 1815-1821, México: Editorial Citlaltepétl, 1959, pp. 176 y 177, subrayado del autor.

El 11 de enero de 1819, el comandante don Ciriaco de Llano traslada al virrey un escrito del capitán Santa Anna, donde se relatan nuevas escaramuzas. Pero el punto importante del mensaje consiste en el indulto que el comandante, sin pizca de rencor, ha concedido a Marcos Benavides, con dieciocho hombres montados y municionados, así como a sus familias. Benavides ha prometido que, en dos o tres días más, podrá presentar al resto de su compañía que se compone de sesenta y cuatro. Ha ofrecido, también, convencer a los cabecillas Manuel Salvador, Félix González y Mariano Cenobio. Pero el objetivo central es nada menos que Guadalupe Victoria: el "pérfido" Victoria que parece hallarse por el paraje nombrado El Mirador y que sólo se le "entregará" una vez que Santa Anna se haya entregado, a su vez, a la causa de la independencia. Para subsistir en estos lugares el tiempo necesario hasta la pacífica captación general de los rebeldes de esta zona y marchar en busca del cabecilla principal demanda:

...necesito que V. S. se sirva mandarme ejecutivamente 30 o 40 soldados y 2 cajones de municiones...

El mensaje implícito en el informe, como saltaría a la vista de cualquier lector entendido —y se supone que el virrey lo era— consiste en la paciente labor de convencimiento que Santa Anna ha venido hilvanando en torno a los rebeldes paraca, como suele decirse en estos casos, "depongan su actitud". Más que desalmado militar, el capitán Santa Anna se revela dotado de una espontánea habilidad que, día a día, irá refinándose y puliéndose y que le producirá mejores dividendos que el uso indiscriminado de las armas. Como él mismo señala en sus *Memorias*:

...obedeciendo a mi natural inclinación, valíame con frecuencia de la persuasión más que de las armas.¹²

De cualquier modo, por si el mensaje cifrado no se hubiese recibido, Santa Anna lo hace obvio el 11 de febrero cuando escribe, ya sin sutilezas, que las tareas cumplidas han sido posibles gracias "a las armas y a la política". El 2 de marzo ha logrado que se presenten 412 rebeldes y 500 o más familias que le han ayudado a poblar Medellín, Jamapa, Soledad, San Diego y relata con lujo de detalles, la celebración de la fiesta de la Candelaria por los nuevos vecinos. ¡En lugar de rijosos los rebeldes veracruzanos se han vuelto devotos! Mucho tenía que ver en ello el capitán Santa Anna.

En ese sentido va dirigido el informe a don Pascual de Liñán con fecha de 28 de junio de 1819. Tres meses le han bastado al joven organizador para construir una iglesia, 113 casas, un fortín y una galera, en donde antes había sólo un "espeso y elevado bosque". Se trata del pueblo de San Diego al que pretende, infructuosamente, cambiarle el nombre por el suyo propio, santificado. Pero San Diego no llegará a llamarse nunca San Antonio de Padua.

Unos días después, el 5 de julio, hace que el sargento mayor del regimiento provincial de caballería informe al gobernador acerca del estado de las poblaciones "cuyos habitantes

¹² Antonio López de Santa Anna, *Mi historia militar y política*. 1810-1874. México: Editora Nacional, 1967. p. 2

están con bastante quietud y armonía" y, como de paso, se ofrece una detallada relación de las casas, tiendas, familias y personas que los componen:

Pueblos	tiendas	casas	familias	personas
Medellín	4	51	63	245
Jamapa	2	47	83	297
San Diego	2	113	200	520
El Tamarindo		23	50	175
Huehuistla				
Paso de				
Ovejas	1	100	153	1000
La Antigua	5	36	80	220
Santa Fe	1	33	81	230

El último informe del capitán Santa Anna, rendido el 17 de julio de 1820 a don José García Dávila, que ha vuelto a desempeñar la gubernatura militar de Veracruz, al parecer con el beneplácito general, es interesante por incluir una especie de balance de sus actividades como comandante de los realistas de extramuros de Veracruz. Para comenzar Santa Anna afirma, sin el menor asomo de modestia, que

fueron tales mis maniobras en su dirección y acierto, que logré la pacificación de la demarcación que aun tengo a mi cargo.

La paternidad de la idea de formar pueblos con la gente pacificada y por pacificar es reconocida a don Pascual de Liñán.¹³ Y a la detallada enumeración de las obras levantadas sigue un texto, por demás interesante, que nos revela el camino seguido por el capitán Santa Anna para conseguir sus objetivos:

obligué y estreché a los vecinos a que fabricase cada uno su casa, cocina y corral, dándole a cada familia la tierra necesaria con proporción a sus circunstancias...

y añade que nadie puede salir de la población sin licencia del comandante militar, por lo que fácilmente tiene el control de los habitantes de suerte que sólo viéndolo puede creerse que

¹³ Liñán había propuesto al virrey en enero que

siendo el mejor modo de afirmar a los insurgentes indultados en su arrepentimiento, proporcionarles ocupación sin gravámen del erario había determinado emplear a los que estaban ociosos, en reedificar las destruidas poblaciones de Medellín, Jamapa y otras que se considerasen útiles, prefiriendo para esto a los antiguos vecinos de los mismos lugares, o a los de aquellos que ya existían; agregando que sería también bueno establecer algunas colonias con los mismos insurgentes en varios puntos, y como no existían por ahí terrenos realengos, era indispensable para esto que el virrey dispusiera que dichas colonias pudieran establecerse en cualquier terreno no cultivado por su dueño, sin que éste pudiera exigir arrendamiento alguno a los colonos por espacio de cinco años... Tal pensamiento fue aprobado por el virrey y muchos de los dueños de tierras se prestaron gustosos a cooperar al intento, interesados aun más que el gobierno en la completa pacificación del país.

Rivera Cambas, *op. cit.*, pp. 185 - 186.

en el año y siete meses que llevo de estar trabajando con esta gente, antes indómita y enemiga de la sujeción, la haya podido reducir a que viva reunida en poblado y sujeta enteramente a la sociedad de la más civilizada...¹⁴

Como al desgaire Santa Anna afirma haber realizado, en pequeño, un experimento político-social de la mayor trascendencia: el tránsito de la vida natural al "contrato" que funda la sociedad civil y la política.

MUCHO RUIDO Y POCAS NUECES

Las dos etapas recapituladas cubren períodos que abarcan, cada uno de ellos, un lapso de cinco años, decisivos en la "formación profesional" de Santa Anna. El primer lapso interesa en tanto se relaciona con su entrenamiento militar. Pero como podría pensarse, no sin razón, que aquella formación habría sido más bien escasa por lo mucho que luego dejaría que desear como militar, tanto en 1836 como en 1848, hay que señalar algo que resulta evidente después de la lectura de las *Gacetas*: que el "entrenamiento" se limitó a encuentros con partidas de rebeldes mal armados y con muy escasos conocimientos en el arte de la guerra. Se trataba de grupos de campesinos que peleaban por la independencia sin más recursos que sus buenos deseos. En tierra de ciegos Santa Anna resultaba, militarmente, un buen "tuerco".

En cuanto a los cinco años pasados extramuros de Veracruz, fueron una especie de culminación "política" de aquel entrenamiento. Allí se adiestró en el manejo y la organización de la gente, arte en el que ya iba desplegando cierta pericia. El problema consiste, sin embargo, en la mezcla y confusión del elemento positivo y el negativo de "la política" y "las armas" que andan siempre revueltos. Los medios "tácticos" no se corresponden con los fines "estratégicos" que, por lo demás, nunca existieron. La pura táctica sólo lo condujo a su lucimiento y primacía personal. Primero a costa de la región, a la que obligó y estrechó según expresión propia, y luego a costa del país. Veracruz fue el primer lugar que gozó y sufrió de los beneficios de su jefatura: lo demuestran algunas quejas, entre otras la de Nasario Panamá dirigida a José Ignacio Ibarri, sargento mayor de Lanceros, porque el joven militar había arrestado a veintidós civiles so pretexto de su incapacidad para construir cocinas para sus hogares, obligándolos a hacerlo. Ciertamente, al verse forzados a construir también la iglesia del pueblo de San Diego y su cementerio, los habitantes habían descuidado sus labores primordiales, el cultivo del campo.¹⁵

El 5 de enero de 1820, Marcos Benavides y cuatro sujetos más enviaron otra queja al recién instalado gobernador García Dávila, acusando a Santa Anna de "déspota". Ocurría que cada semana obligaba a catorce civiles, sin pago alguno, a que contribuyeran en la construcción de las casas de los oficiales así como un gran corral en donde el capitán Santa Anna pensaba encerrar todo el ganado de la región. Además,

¹⁴ Del Informe a García Dávila en *Gaceta del Gobierno de México*, Tomo II, No. 60, 62 y 68 de fechas 28 de junio, 5 de julio y 17 de julio de 1820, respectivamente.

¹⁵ A. G. N., *Indiferente de Guerra*, Vol. 226 A. Panamá a Ibarri, de 27 de diciembre de 1819. Citado por Cole, *op. cit.*, p. 48.

se le acusaba de vender el trigo a un precio muy alto. Terminaban por señalar que había veintitres hombres que sufrían de hambre y que, a pesar de la súplica para que terminara su suplicio, la respuesta de Santa Anna había sido terminante: "así mueran, aprenderán que mis órdenes son sagradas".¹⁶ El discípulo de Arredondo hacía honor al maestro.

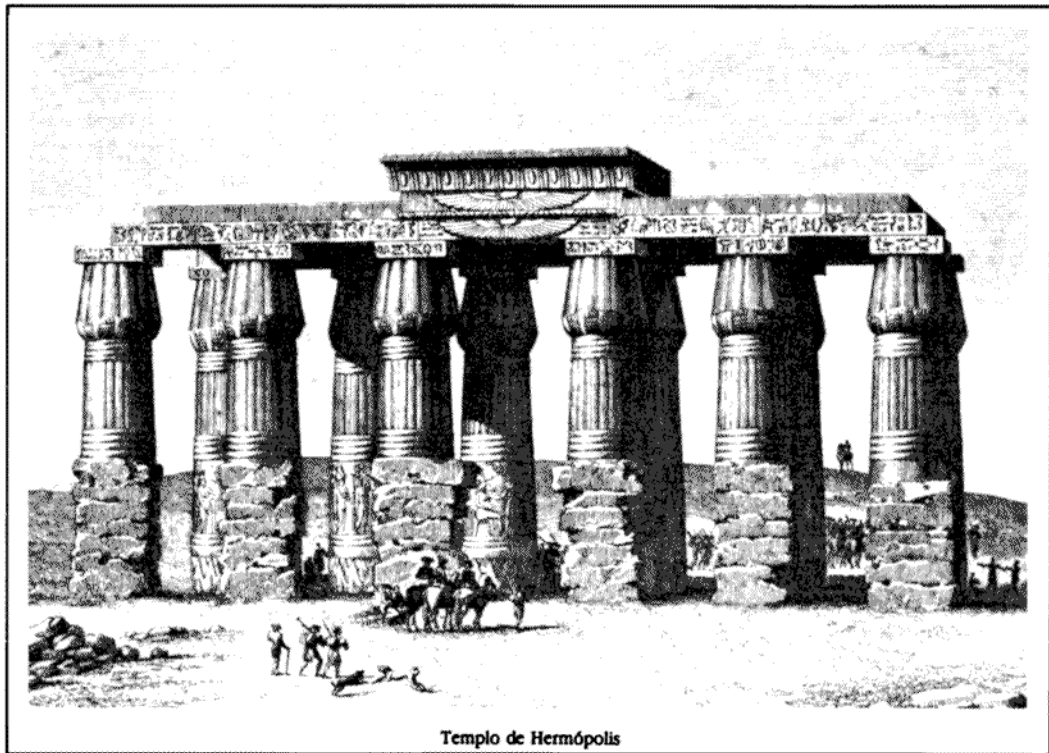
Las quejas llegaron a tal punto que García Dávila se vio obligado a iniciar una investigación en torno a las acusaciones que se le hacían. La extorsión de los trabajadores, así como la venta de trigo a un precio excesivo fueron confirmadas, lo mismo que el uso de ladrillos ajenos para su entusiasmo constructivo. Sin embargo, su hermano Manuel y otro sujeto obligaron a varias personas a firmar un documento en el que desmentían todas las acusaciones, por lo cual el gobernador tuvo que volver sobre la encuesta. Fue así como, cuando el gobernador pidió que las acusaciones fueran llevadas a su escritorio, su secretario le informó que no existía queja alguna en los archivos de la comandancia. A principios de febrero la evidencia era clara: Santa Anna había cumplido al pie de la letra con el encargo del virrey Apodaca —en el sentido de construir pueblos— y así se lo escribió, señalándole que sus órdenes habían sido ejecutadas a pesar de todos los obstáculos y, sobre todo, de no contar con subsidio especial para lograrlo. El gobernador García Dávila y el propio juez

Landero tuvieron que reconocer que el asunto no tenía más importancia que el de un exagerado celo en el cumplimiento de las órdenes, aun cuando, ciertamente, el pueblo había reaccionado con enojo, incluyendo al comerciante Eizaguirre que, después de todo, era un respetable "hombre de bien". Santa Anna se había cubierto y no salió perjudicado. El 7 de febrero García Dávila informaría al virrey Apodaca que "todo estaba en orden".¹⁷

Estos últimos episodios son botones de muestra de lo que Santa Anna hizo en la región y un anticipo de lo que, posteriormente, haría en el país. Para que Antonio López de Santa Anna hubiera llegado a ser —como lo pretendió siempre— algo más de lo que fue habría tenido que poseer una visión global, de conjunto, totalizadora en suma: la capacidad estratégica que le sobraba al más alto de sus modelos originales. Este rasgo, propio de una formación incompleta, caracterizó a una infinidad de "cuadros" políticos que sabían instrumentar el "cómo" pero no tenían idea clara del "para qué": la finalidad suprema que hace al estadista y consolida, por supuesto, al Estado. Una razón más para explicar por qué, en la época de Santa Anna, hubo política, mucha política, quizá demasiada política —entendida como chalaneo naturalmente—, pero no hubo Estado. El Estado se construiría después. Después de la revolución de Ayutla y de las guerras contra la Intervención y el Imperio. □

¹⁶ A. G. N., *Indiferente de Guerra*, Vol. 226 A. Benavides y otros, a Dávila, de 5 de enero de 1820. Citado por Cole, *op. cit.*, p. 49.

¹⁷ Cole, *op. cit.*, pp. 48-53.



Templo de Hermópolis